

Hay quienes saben cargar el lavavajillas y quienes no quieren saberlo

En este mundo hay dos tipos de personas: las que cargan el lavavajillas sin orden ni concierto, le meten la pastilla, lo encienden y a otra cosa, mariposa; y las que acaban con un tic en el ojo de solo ver a las primeras en acción.

Mi marido es de los segundos. Peor aún, de los que vuelve a colocar el contenido del lavavajillas después de que yo lo haya cargado.

Por sorprendente que parezca, aún no le he pedido el divorcio, aunque estoy bastante segura de que esos son motivos suficientes. Él sabe de la existencia de esta tendencia sociópata: lo hemos hablado y ahora lo cuento en un periódico nacional. El infierno no conoce furia como la de una mujer a la que le han cambiado de sitio, en su cara, los platos sucios que ha metido en el lavavajillas. Ni por esas, le da igual; está al acecho, esperando para abalanzarse sobre él antes de que yo lo encienda. Podría, claro está, contentarme con tener en casa a un experto en carga y descarga de lavavajillas si no fuera por que me ponen mala los profundos suspiros que suelta a compás y que dan a entender el enorme agravio sufrido en vida.

Según un estudio reciente realizado en Gran Bretaña, las parejas discuten por cosas de la casa unas cinco veces a la semana. ¿Cinco nada más? Me atrevería a decir que, en ese caso, uno de los dos pasa mucho tiempo trabajando fuera.

Desde luego, el mío, cuando está aquí cumple con lo que le toca. De eso no hay duda. Lo único es que tenemos distintas maneras de hacer y de ver las cosas. Por ejemplo, a él le parece que el pomo de la barandilla es un sitio estupendo para dejar el abrigo, mientras que yo creo que estaría mejor en el perchero nuevecito de debajo de la escalera que monté precisamente para eso y del que cuelgan todos los abrigos menos el suyo.

O si no, cuando estoy cocinando y me hace útiles observaciones del tipo: “¿Seguro que lo has dejado bastante tiempo?”. Mientras menos se diga de mi reacción a esos comentarios, mejor.

Está obsesionado con la basura: la de reciclar, la del compost... Toda. Y yo... Yo no me acerco al apesado contenedor ese de basura orgánica ni aunque me vaya la vida en ello. Total, que va acumulando en un plato los restos de comida y me los deja en la encimera de la cocina hasta que le toque sacarlos al contenedor. Pero, mire usted por dónde, ahí siguen a la mañana siguiente.

En mi casa, las obligaciones domésticas son como intentar sortear un tsunami. No hay manera de tener la situación controlada. Estoy segura de que mis padres piensan que es el karma, y que estoy pagando por lo desordenada que era de niña.

Antes lo oí refunfuñando en el lavavajillas: —¿Quién ha metido así la plancha?

—Yo —contesto entrando en la cocina.

—Está al revés —me dice señalando la parte de arriba.

—Se habrá dado la vuelta con el agua —le respondo, sabiendo que aún no está claro quién de los dos es el sociópata.

Jen Hogan, *The Irish Times*, 13 de marzo de 2023